



*S*

i no soy Polly Smith, entonces ¿quién soy?

—Es una pregunta muy profunda —dijo Oliver Fraddon.

Ambos estaban de pie uno al lado del otro en una galería en Somerset House, sede del registro de nacimientos, matrimonios y defunciones de todos los condados del Reino Unido.

—Se podría decir que es un compendio del mundo —prosiguió Oliver, arrastrando la mirada por las estanterías que iban del suelo al techo y que contenían miles de grandes tomos rojos con los vaivenes de millones de vidas, del presente y del pasado—. Todos registrados aquí, atrapados, immortalizados. Volúmenes repletos de nombres y de identidades, de la A a la Z, gente común y corriente y gente extraordinaria. Nacemos, nos casamos, o por lo menos es lo que hacemos algunos, y morimos, y todos estos datos de nuestra vida quedan registrados en una de las páginas que están aquí. Es un pensamiento abrumador.

—Al diablo con los pensamientos abrumadores, lo que me preocupa es que no estoy entre aquellos que han sido immortalizados aquí —dijo Polly.

—Es verdad. Sugiero que volvamos a la mesa y le pidamos ayuda al primer amable empleado que veamos. —Guió a Polly hasta la escalera de caracol, advirtiéndole que tuviera cuidado al bajar—. Ten cuidado, o terminarás siendo la entrada más reciente en el registro de defunciones.

La empleada que atendía el registro no tenía nada de amable. Usaba impertinentes que pendían de una delgada cadena y parecía cansada. Oliver se dirigió a ella:

—Esta joven parece haberse extraviado.

La secretaria levantó la mirada y observó a Polly con sus descoloridos ojos grises cargados de preocupación, ojos que resultaban más amables que su boca fruncida.

—Qué pena. ¿No te puedes encontrar? ¿No estás donde deberías estar? Dices que tu apellido es Smith, ¿no es cierto? Hay mucha gente que se llama igual, así que tendrás que darme tus datos correctos, fecha de nacimiento y dirección. Una vez que tenga esa información, podré encontrarte. A no ser que... —añadió, subiendo el tono de voz—, a no ser que seas extranjera.

—¿Tengo aspecto de extranjera? —preguntó Polly indignada, no porque le importara que la confundieran con una extranjera, sino porque quería hacer valer su legítimo derecho a figurar ante todos sus conciudadanos en aquellos grandes libros rojos.

—No, pero si hubieras nacido en el extranjero, aunque fueras tan inglesa como yo y el señor Grier, no estarías en la parte principal del registro, sino en los registros que guardamos en otro lugar.

—¿En zonas del bajo mundo? —le sugirió Oliver al oído a Polly—. La sección del fuego del infierno, con secretarios diabólicos que van de acá para allá.

—No entiendo —dijo Polly—. Nací en Highgate, calle Bingley, saliendo de Archway. Mi madre aún vive allí. El 1 de mayo de 1908.

—Sin embargo no hay entrada de ese nacimiento en el volumen correspondiente —señaló Oliver.

La secretaria se había quedado impresionada con Oliver..., era obvio para Polly. Si se hubiera hallado ella sola delante del escritorio, enfundada en su desgastado impermeable y su boina color borgoña, estaría aún esperando a que la secretaria levantara la vista de su fichero y sus papeles. Era Oliver, vestido como un caballero de los pies a la cabeza con un traje hecho a medida, quien había llamado su atención al instante. Con su sola presencia. Era injusto. Pero útil, se dijo a sí misma. Y, por supuesto, en cuanto abrió la boca su acento lo delató: era un típico producto de las cla-

ses altas, con la natural autoridad que Eton y Oxford les presta a los Olivers de este mundo.

Así pues, la mujer de los impertinentes los ayudó. Volvió con ellos a la sección de los libros rojos y encontró el volumen en el que debería haber estado la entrada de Polly.

—«Polly» es el apelativo familiar de «Pauline» —le dijo a la mujer, pero los resultados fueron los mismos. No había ninguna mujer de apellido Smith, con la inicial P, nacida en la calle Bingley, Highgate, el 1 de mayo de 1908. Había un Thomas Smith, nacido en Priory Gardens el 2 de mayo; eso fue lo más cercano a lo que buscaba.

La empleada cerró el libro, y Oliver lo tomó cortésmente de sus manos para volver a colocarlo sobre el estante.

—Debes obtener los datos correctos de tus padres —dijo la empleada—. Si naciste en una maternidad, quizá en el campo, tal vez te hayan registrado allí. Seguramente te registró tu padre, probablemente no sabía que debía hacerlo en el lugar donde la familia tuviera su residencia, no en el que naciste. Pregúntale.

—No puedo, está muerto.

—¿En la guerra? —preguntó la empleada, manifestando una súbita e inesperada simpatía—. Lo siento. Pero tu madre debe de saberlo. ¿Acaso no tiene el certificado original?

—Es una buena pregunta —dijo Oliver, mientras emergían de la majestuosidad de Somerset House al bullicio y el ajetreo de la avenida Strand—. Eso resolvería todos nuestros problemas.

Polly sonrió.

—Aunque tú lo tengas todo en perfecto orden en tu residencia, mi madre no es muy organizada con los papeles. Los guarda en cajas, pero sin ningún orden; es imposible encontrar nada entre sus cosas. Es ordenada con su música; siempre puede encontrar la partitura que quiere. Pero con los documentos es un desastre; después de todo, sucedió hace más de veinte años. Por supuesto que le pregunté, pero se puso tan nerviosa, parecía tan alarmada cuando le dije que revisaría todas sus cosas, que pensé que sería más fácil venir aquí y conseguir una copia. No se necesita el original para obtener el pasaporte, ¿no es así?

—Una copia de Somerset House es suficiente. —Oliver la apartó a un lado, fuera del camino de los transeúntes—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Cancelamos la luna de miel? Ahora que lo pienso, tendre-

mos que suspender la boda, ya que estoy seguro de que necesitas un certificado de nacimiento para casarte.

—No podemos suspender la boda porque aún no hemos fijado fecha. Sólo nos hemos puesto de acuerdo en que será en enero. —Para lo cual sólo faltaban algunas semanas—. Roger me dijo que fuera sacándome ya el pasaporte para tenerlo todo preparado. Le gusta llevarlo todo controlado. Lo que voy a hacer —añadió, de repente decidida— es tomar el tranvía e ir a casa a preguntarle a mi madre.

—Entonces te acompañaré al tranvía.

Caminaron por la avenida Strand hacia Aldwych. Polly iba muy pensativa y Oliver se dedicó a observarla en silencio. Una paloma se posó delante de ellos y luego alzó el vuelo con un fuerte zumbido, lo que distrajo la atención de Polly, que se quedó mirando sus alas grises. Grises, pero de tantos matices diferentes que iban del blanco al púrpura intenso. Y qué energía en el movimiento, que combinaba el esfuerzo con la suave gracia del vuelo.

Un pájaro gris en un día gris; pero el cielo sombrío por encima de ellos no tenía color ni forma ni energía. Había un atisbo de azufre en el aire que anunciaba la proximidad de la neblina; los frescos días otoñales de octubre llegaban a su fin y Londres se había instalado en la melancólica desolación de un noviembre frío y húmedo.

—Los días oscuros me ponen triste —dijo Polly, mientras cruzaban la calle—. Me paso gran parte del invierno deseando que lleguen la primavera y los días más largos. Jamás estoy realmente contenta en invierno. Supongo que es por el frío y la falta de luz.

Polly y Oliver descendieron las escaleras de la estación de tranvía en Aldwych. Oliver le tomó la mano y se la besó, como era su costumbre, y luego esperó a que montase en el tranvía, levantándose el sombrero mientras ella subía. Oliver siempre usaba sombreros de ala ancha, generalmente grises o marrones. Ella corrió por las escaleras al piso de arriba y se abalanzó sobre el asiento del lado de la ventana, donde al fin logró sentarse tras ganar por unos pocos segundos a un hombre fornido que llevaba un paquete marrón. El tranvía comenzó a traquetear y, cuando salió a Kingsway, Polly distinguió a Oliver caminando de vuelta hacia Aldwych. Su exquisita figura, su traje a medida y su elegante sombrero, al igual que su paso apacible, le hacían destacar entre la muchedumbre ajetreada, hom-

bres y mujeres que caminaban con las cabezas gachas y los rostros entumecidos de frío, vestidos con trajes y abrigos monótonos.

El tranvía se sumergió bajo el túnel de Kingsway.

Polly amaba y detestaba al mismo tiempo los tranvías. La inquietaban el estruendo, el traqueteo y su incesante vaivén, pero la tranquilizaba viajar en un medio de transporte que corría por sus vías de una manera tan directa y resuelta a través del caos del denso tráfico de Londres. Y ese tranvía en particular, el número 35, era parte de su vida. Había viajado en él al ir y volver al colegio todos los días, y más tarde, cuando obtuvo una beca para asistir a la Escuela de Bellas Artes, lo había tomado para viajar al corazón de Londres, donde se encontraba su universidad.

El viaje a su antiguo hogar duró cuarenta y cinco minutos a través de las calles del norte de Londres. Se bajó en Archway, como siempre hacía; podría haber caminado con los ojos vendados desde la parada del tranvía hasta su casa, y de hecho, más de una vez, cuando había vuelto a su casa entre la niebla espesa, podía decirse que prácticamente lo había hecho.

Polly miró el cielo y deseó que no acabara instalándose una de aquellas densas neblinas que se quedaban atrapadas en la garganta y siempre le producían náuseas y dolor de cabeza. Odiaba los días en que parecía que el sol nunca salía y los sonidos de Londres —el tráfico, las voces, los vendedores ambulantes, las campanas— quedaban silenciados por el aire cargado de humo y los vapores malsanos amarillentos y verdosos.

Caminó por la calle Bingley hasta el número 11, abrió la verja de un empujón y subió las escaleras hasta la puerta de entrada, de color verde oscuro y con un picaporte de bronce en forma de duendecillo. Por la ventana que estaba a la derecha de la puerta principal escuchó el sonido tembloroso de una escala de piano. Su madre estaba con un alumno. Echó un vistazo a su reloj. Diez menos cinco; eso quería decir que la lección terminaría en diez minutos. La puerta de entrada no tenía la llave echada, así que la abrió y la cerró suavemente detrás de ella. Dentro, se quitó el impermeable y la boina, se desató la bufanda de lana y los colgó del gancho detrás de la puerta. Luego caminó por el pasillo hacia la cocina, caldeada por el horno que su madre conservaba siempre encendido en invierno. Puso la olla al fuego y se sentó frente a la mesa de madera de la coci-

na, al tiempo que sus pies se enroscaban automáticamente alrededor de las patas de la silla como lo había hecho desde niña.

La cocina daba a un pequeño jardín, una afrenta permanente para los vecinos, cuyas impecables plantas, parterres de césped y parcelas de vegetales perfectamente alineados, coordinados con el resto, pregonaban los conceptos correctos de la horticultura. Su jardín era el único sitio donde la personalidad contenida de Dora Smith parecía ceder a un impulso más indomable. El lugar estaba atiborrado de plantas, no en ordenadas filas, sino de un modo que semejava, como le gustaba imaginar a Polly, una jungla. Denso y profuso, no había nada pequeño salvo los minúsculos manchones suaves de violetas y campanillas que se cobijaban bajo las ramas colgantes de arbustos y matorrales.

Pero ningún jardín era atractivo en noviembre. Tenía un aire desolado, de final de estación. Los montoncitos de crujientes hojas otoñales habían desaparecido, y sólo quedaban algunos restos húmedos sobre el suelo o algunas hojas pegadas a las ramillas de los árboles. Los de hoja perenne daban un toque de color y de vida, pero hasta ellos estaban teñidos de gris, como si el aire brumoso también los hubiera cercado.

La olla se puso a hervir en medio de una emanación de vapores. Polly calentó la tetera marrón, puso una cucharada de té y la dejó sobre la cocina para que se hiciera. La puerta del salón principal se abrió: se escucharon voces, palabras de agradecimiento y de despedida; la puerta de entrada se abrió y se cerró, y la madre de Polly entró en la cocina.

—Te oí entrar —dijo—. Veo que has preparado té.

—¿Tienes una clase a las cinco?

—No. Tenía una, la pequeña Sally Wright, pero padece una enfermedad pulmonar y no puede salir cuando el tiempo se pone así. Mejor, pues si viniese, tendría que soportar media hora de toses. Aunque es una pequeña con mucho oído —añadió, queriendo ser justa—. Pero tengo otro alumno a las cinco y media. Sirve el té, Polly. ¿Quieres un bizcocho?

Polly tomó un bizcocho y lo mordió distraídamente, sin saber por un instante cómo abordar el tema del certificado de nacimiento.

Lo hizo sin titubeos, ¿qué sentido tenía darle vueltas al asunto?

—Hoy he ido a Somerset House para que me dieran el certificado de nacimiento.

Dora Smith apoyó su taza de té tan bruscamente sobre la mesa que hizo temblar el platillo.

—No estarás pensando en irte al extranjero para tu luna de miel, ¿verdad? —preguntó—. No te lo recomiendo, contraerás una terrible enfermedad; allí todo es muy sucio.

—¿Cómo lo sabes? Dijiste que nunca habías viajado al extranjero —dijo Polly, enfadada.

Hubo una breve pausa.

—Mi... La gente dice que eso es lo que les sucede a todos los que viajan. Además, no dominas ningún otro idioma, y en caso de hablarlo tu profesor de francés nunca se enteró: tus notas siempre fueron lamentables.

—Roger habla alemán y francés. Además, aunque no fuéramos al extranjero, necesito el certificado de nacimiento para casarme. Eso dice él.

—Realmente no veo por qué tienes tanta prisa por casarte. Roger todavía tiene que aprobar sus exámenes y...

—Ya los ha aprobado.

—Entonces, ¿por qué sigue dando clases y haciendo exámenes?

—Mamá, Roger es médico. Ya ha aprobado la carrera, pero aún tiene que hacer más pruebas, y exámenes, para trabajar en un hospital.

Polly no entendía la actitud de su madre con respecto a su compromiso con Roger. Dora Smith era una mujer con dos personalidades bien definidas. La que Polly conocía mejor era la de mujer sensible, práctica, que compartía las actitudes y opiniones de sus vecinos, entre las cuales estaba la certeza de que el objetivo principal en la vida de una joven era hallar un marido bueno y responsable, con un modo de vida respetable, y establecerse con él para ser una buena esposa y madre. Dentro de estos parámetros convencionales, Roger era una joya. Un médico era el mejor candidato al que la hija de Ted y Dora Smith podría haber aspirado, un yerno del cual su madre podría presumir entre sus amigas si a Dora le gustara presumir, lo cual no sucedía.

Pero Dora Smith tenía otra personalidad; también era la mujer que se había sentido decepcionada por el precoz talento artístico de Polly, que se había negado a elogiarla y, sin embargo, había de-

fendido ferozmente el derecho de su hija a estudiar y ejercer su arte, aunque a ella no le complaciese.

—Si eres una artista, entonces debes recibir la formación adecuada para hacerlo lo mejor posible. No es lo mismo que ejercer el arte como distracción. Ésa es la diferencia entre el profesional y el aficionado.

Sin embargo, esa misma Dora Smith también había dicho, sa-gaz e inesperadamente:

—Si te casas con Roger, tu pintura dejará de brillar.

A lo cual Polly podría haberle replicado que su pintura ya había dejado de brillar; pero eso era algo que aún no estaba dispuesta a reconocer.

—¿Podemos centrarnos en el tema del certificado de nacimiento? ¿Estás segura de que no puedes encontrar el original? No veo cómo se puede perder, uno no pierde algo tan importante como un certificado de nacimiento.

Dora Smith no respondió, pero bebió un pequeño sorbo de su té, apartando la mirada de Polly y fijándola en la ventana. El reloj hacía tictac, la cocina emitía sus acostumbrados chisporroteos mientras se enfriaba, la gatera en la puerta trasera dio un golpe y un enorme gato atigrado se deslizó por ella. Le dirigió a Polly una mirada indiferente con sus grandes ojos de color dorado, hizo restallar su cola y se encaminó a investigar su plato de comida.

Dora seguía sin decir nada.

—No estoy en los registros de Somerset House —insistió Polly—. No hay ninguna Pauline Smith nacida en Highgate inscrita allí. ¿Acaso nací en otro sitio? ¿En una maternidad?

Su madre suspiró, y cuando apartó la vista de la ventana Polly vio que sus ojos brillaban con lágrimas.

—Mamá, lo siento. ¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

Las palabras salieron con rapidez:

—Tú no naciste en Highgate; naciste en París. No he perdido tu certificado de nacimiento. Lo quemé.

—¿Lo quemaste? —Polly no podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Lo quemaste? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Sólo para impedir que viajara al extranjero? ¿Y cómo es posible que haya nacido en París? Tú jamás has estado en Francia; lo dijiste tú misma.

—Lo quemé cuando aún eras un bebé. —Dora Smith suspiró con dramatismo—. Oh, Dios, ¿por qué habrá querido ese maldito



hombre llevarte al extranjero? ¿Por qué ha querido casarse contigo? Removerá todo el pasado. Yo esperaba que...

—¿Qué esperabas? —Polly sintió un frío resquemor en el estómago. ¿París?

—Necesitarás todos los datos si realmente vas a solicitar el pasaporte. Los anotaré en un papel.

Polly observó a su madre mientras se ponía de pie y se dirigía a un cajón donde guardaba cuartillas. Alisó el reverso de un sobre y escribió algo con letra muy clara. Luego se lo pasó a Polly y fue a situarse frente al fregadero.

Polly miró fijamente las palabras escritas con su elegante letra.

—¿No entiendo nada! —exclamó—. ¿Quién es esta..., no puedo ni pronunciarlo..., esta Polyhymnia Tomkins?

—Ése es tu nombre real —dijo Dora, apoyándose sobre el fregadero y abriendo el grifo, de modo que Polly tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

—¿Tomkins? Yo me llamo Polly Smith. ¿Cómo es posible que alguna vez haya llevado el apellido Tomkins? ¿Y Polyhymnia? Ni siquiera se trata de un nombre de verdad.

—Yo no soy tu madre. Y Ted Smith no era tu padre.